

ENTRE LA COMPULSIÓN DE REPETICIÓN Y LA REPETICIÓN TRASFERENCIAL, SE INSCRIBE LA PULSIÓN DE MUERTE¹

Publicado em Actualidad Psicologica - Año XXVIII - nº
310 - Pags. 25-29
Julio 2003
Dossier "REPETICIÓN Y DECEPCIÓN"

Giovanna Bartucci

"Se trata de reconocer la fuerza primordial, constante y absolutamente necesaria, de la pulsión de muerte; pues es ella la que... determina el lugar de los representantes inconcientes...; es ella quien garantiza, en suma, la presencia-ausencia del Otro, sin el cual no existe un 'yo' que habla y desea".

Serge Leclaire, *On tue un enfant*

I. Se ensaya, para el analista, una improvisación²

El hijo deseado y el hijo no deseado, el deseo de tener hijos y el deseo de no tener hijos – tal parecía ser el caso de Roberta, la madre. La menor de 8 hermanos, cuenta que cuando su madre la tuvo, ya no toleraba más cuidar chicos, ya no le quedaba más energía. En las fiestas de la escuela, las madres de sus amiguitas estaban siempre presentes, su madre siempre ausente. Todos se quedaban admirados cuando, por casualidad, ella aparecía. El padre, ni pensar. Sólo tenía ojos para sus hijos varones. Es por eso que estoy en todas las fiestas de la escuela de mis hijos, no quiero que ellos vivan lo que yo viví, dice Roberta.

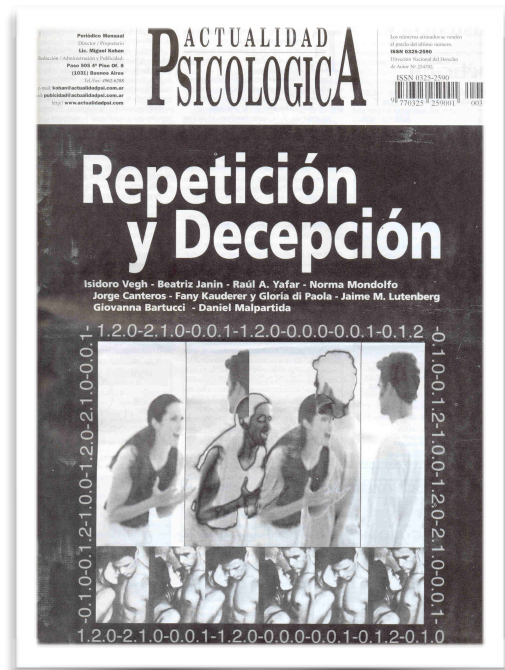
Después de haber buscado otros profesionales, Roberta me llama por teléfono, derivada por la escuela de sus hijos, y dice que dentro de 3 o 4 meses se iba a mudar al extranjero. La escuela, que ella y el marido habían elegido para los hijos, les pedía algunos tests. Era necesario aplicar tests de QI, además de algunos otros. Debía testar la capacidad de los niños y responder a algunas cuestiones de interés de la escuela. Pido una entrevista con los padres y los niños para escuchar esta demanda. ¿Que es lo que yo debería testimoniar?³

Una pareja joven, de alrededor de cuarenta años, llega al consultorio, acompañada por dos niños de seis años y medio. La pareja se sienta y los niños se sientan a su lado, en una mesita, esperando una cierta orientación en relación a lo que debían hacer. Por fin empiezan a dibujar, mientras Gabriel espera ver lo que Rodrigo va a hacer, para luego seguirlo en su actitud.

¹ Este ensayo es una traducción de "Entre a compulsão à repetição e a repetição transferencial, inscreve-se a pulsão de morte". *Cadernos de Psicologia*. Belo Horizonte, Universidad Federal de Minas Gerais (UFMG), Vol. 10, nº 1, 2001, pp. 153-171; y una versión ampliada de "Transfrência, compulsão à repetição e pulsão de morte". *Percurso, Revista de psicanálise*. São Paulo, Año XI, nº 21, 2º semestre de 1998, pp. 43-49. Traducción del portugués de Sara Elena Hassan.

² Estos desarrollos clínicos fueron presentados oralmente en el "Seminário Clínico", del "Encontro Internacional Família e Psicanálise – Novas tendências clínicas", Universidad São Marcos, São Paulo, Brasil, de 21 a 23 de agosto de 1998.

³ Nota de traducción: En español, a diferencia del portugués, no se puede reproducir el deslizamiento de sentido entre "testar" y "atestar". "Atestar", en cursiva en el original, sugiere algo más, en la demanda al analista. "Testimoniar" sería aquí una opción de traducción, que reproduce la raíz "test", a diferencia de "certificar", también adecuado pero que no preserva el juego entre "testar" y "atestar".



El padre discurre sobre los hijos, como quien dice saber qué esperar. La pareja parece tener muchas certezas sobre estos hijos mellizos, no univitelinos, dicho sea de paso. Rodrigo tiene mi cara, dice el padre. Muy inteligente, por encima de la media, siempre muy determinado, es el mejor del grado. Cuando se sienta al computador, no cede con facilidad en sus desafíos, supera una etapa tras otra, ya sabe leer. Es lindo, desde pequeñito era muy parecido a mí en el modo de ser, de actuar, cuenta el padre. Gabriel, sin embargo, tiene dificultades en su proceso de alfabetización, dice la madre. Cuando se sienta a la computadora se desalienta fácilmente, si no logra dar en la tecla se dispersa, no es muy inteligente. Más tarde me enteraría, que éste era el síntoma de mi pequeño paciente: atraso/dificultad en su proceso de alfabetización, en una lengua diferente a la de su lengua materna.

Gabriel también es un poco feúcho, dice la madre. Siempre fue el mas feo. Cuando los niños nacieron todos le “hacían gracias” a Rodrigo porque era lindo, dejando a Gabriel de lado, cuenta la madre en una de las sesiones de la pareja de padres. “Yo me sentía mal y me quedaba cuidándolo, no dejaba que nadie lo atendiese. Sólo yo podía darle de mamar. Tenía miedo de que le ocurriese algo”.

Roberta, la preferida de una madre que “no quería saber nada más de chicos” – de hijos – tiene una hermana melliza que ocupa, en relación a ella, el lugar que Gabriel ocupa en relación a Rodrigo, su hermano mellizo. Roberta es la preferida de una madre cuyo deseo se presenta escindido en relación a los hijos. Por un lado, está el deseo de tener hijos, y por otro, el deseo de no tenerlos.

Cuando habla del viaje al exterior, Renato dice que desea realizar el sueño de Roberta. Pero, para Roberta, Renato es, en verdad, un marido insuficiente, un padre insuficiente. Roberta tiene muchas quejas contra Renato. Lo que más la moviliza es que Renato nunca está presente para los hijos, mucho menos para ella. Renato nunca para, nunca le presta atención, está siempre trabajando. Cuando ella le pide que cuide a los niños, Renato junta un montón de revistas que no pudo leer durante la semana, trabajo de escritorio, y mientras cuida a los niños, trabaja. Roberta diría: mientras trabaja, cuida los niños.

También su padre, sólo prestaba atención a los hijos varones. Roberta se queja de que sus hermanos son sobreprotegidos. Su queja básica, sin embargo, es depositada en su madre, a quien ya no le quedaba tiempo ni energía para Roberta.

Respecto al trabajo con parejas, o con una pareja de padres, hay autores que sostienen que “todo (...) lo que ocurre en la relación con el analista es, de un modo u otro, lo que ocurre en la relación entre los cónyuges, con la diferencia de que el analista está ubicado en una posición diferente... y que el modo de relación con el terapeuta es, igualmente, un modo de relato, emocional, de la historia de aquella pareja”.⁴ Con todo, prefiero entender el trabajo con parejas o con la pareja de padres como del orden de una actualidad de aquello que se va viviendo en la sesión. Aquello que se repite en la sesión con la pareja de padres inaugura una relación triangular, no exenta de los efectos del inconciente.

En efecto, sabemos que la insistencia repetitiva del inconciente sólo podrá ser neutralizada – parcialmente – mediante la elaboración. ¿Y sin embargo, que ocurre cuando las palabras nos faltan, cuando el lenguaje, instrumento por excelencia del trabajo analítico, se muestra insuficiente? ¿Y que pasa cuando las palabras también les faltan a ellos, a nuestros analizados?

Durante las primeras entrevistas con la pareja, Renato pasa gran parte de las sesiones hablando de su relación con sus padres. Su padre y su madre se habían separado. Abandonados por la madre, el y la hermana permanecen con el padre, quien, mientras tanto, trataba de sobreproteger

⁴ Titan, Samuel deVasconcelos. (1994) Relação conjugal e relação analítica. In: Ramos, Magdalena (org.) Casal e família como paciente. São Paulo, Escuta, 1994, pp. 11-50.

a su hermana. “Hoy mi hermana no puede hacer nada”, dice Renato. En cuanto el padre exigía todo aquello que el niño Renato podía dar y todavía algo más, encubría “los errores” de la hermana, la hermana de Roberto lo podía todo.

“Un centavo por sus pensamientos”⁵, afirma el dicho. En el caso de Renato, su padre le daba R\$ 1,00 (un real⁶) por cada punto obtenido en sus notas. En otras palabras, por un diez, un billete de diez (R\$10,00), por un nueve, nueve reales (R\$ 9,00). Por cierto, Renato es hoy un hombre rico, extremadamente exigente en aquello que hace. Podríamos preguntarnos: ¿que es lo que un niño quiere de sus padres cuando recibe una buena nota en la escuela? La respuesta no parece ser tan enigmática: amor y reconocimiento. Los niños anhelan el amor de sus padres, dentro o fuera de la escuela. Y Renato parece no cansarse de buscar el amor de su padre en ese lugar escindido – el significativo “dinero” parecería ser el significativo del clivaje. Un padre, abandonado por la mujer por la cual está apasionado – deprimido, sólo piensa en ella – se dedica, también, a su hija, abandonando a su hijo. Tal vez por eso, Renato quiere pagarme durante el mes, en un momento inesperado, fuera de la fecha de pago. Trasferencialmente, pagar al analista equivaldría a una tentativa de desviar su mirada, desviar su escucha del lugar de escisión.

Los tests de Rodrigo se desarrollan sin problemas. Ejecuta con destreza la batería de tests, corresponde a las expectativas para su edad, y aparentemente no está sobrecargado con las expectativas parentales: o sea, Rodrigo es el mejor, y parece, hasta ahora, ocupar razonablemente bien el lugar que le fue reservado. La expectativa de los padres es que el resultado del QI de Rodrigo esté por encima de la media. En efecto, cometo un error de puntaje y el resultado inicial de Rodrigo resulta superior a la media.⁷

La expectativa de los padres de Gabriel es de que sus resultados den por debajo/o en la media. Gabriel se angustia mucho al hacer los tests, quiere terminar en seguida, no realiza las tareas con tranquilidad. Entre un test y otro, se fractura el brazo. Parece temer el fantasma parental: para que Rodrigo pueda ser lo máximo, Gabriel necesita ser el mínimo. Aunque muy bueno para los deportes, organizado, éste no es un lugar valorizado por sus padres. Gabriel es bueno para los deportes porque no es tan inteligente como Rodrigo, porque todavía no aprendió a leer, porque es el peor del grado, dicen papito y mamita. Durante una de sus sesiones, jugando a “Gabriel puede saber”, dice que es la mamá quien no le deja saber, que Rodrigo es siempre el primero, que le saca todo.

Gabriel obtiene la media en los resultados de los tests. Gabriel es un niño normal. Así como Rodrigo, es un lindo niño. Con los ojitos brillando, se sorprende que estén comenzando a mirarlo de manera diferente. Desconfiada de los resultados de Rodrigo, re-evaluó sus tests, corrigió el puntaje. Los resultados correctos se ubican en la media, así como los de su hermano.

La configuración familiar empieza a moverse con los resultados de los tests. “Sorprendidos”, el padre y la madre tienen que hacer frente al hecho de que los resultados de los tests de sus hijos no son tan divergentes. Gabriel, a fin de cuentas, es un niño normal, así como Rodrigo. Gabriel, mientras tanto, da voz a algo que no puede ser dicho, su síntoma es su dificultad de aprendizaje, “Gabriel no puede saber, Gabriel no puede crecer”. Se configuran, en las relaciones familiares, lugares escindidos del orden de lo bueno y de lo malo, de lo satisfactorio y de lo insatisfactorio, de lo inteligente y de lo atrasado, de lo bonito y de lo feo, de lo capaz y de lo incapaz, de lo que puede saber y de lo que no puede saber, de lo que puede crecer y de lo que no puede crecer.

⁵ Esta es una traducción literal del dicho en lengua inglesa “*a penny for your thoughts*”.

⁶ Real (R\$): moneda brasileña.

⁷ En el transcurso del tratamiento se confirmó que este “error” fue un elemento transferencial que posibilitó la comprensión y marcha del caso.

Diríamos que los niños acostumbran a producir síntomas en aquellos lugares en que se hacen insoportables para sus padres. A Gabriel le está destinado el lugar de quien no puede saber, el lugar de quien no puede crecer. ¿El lugar de quien no puede ser?, me pregunto. ¿De qué se trata cuando nos referimos a Renato y Roberta? De antemano, podemos sospechar que se trata, sí, de algo que es del orden de lo insoportable, “algo” que no obtiene órdenes de significación estructurantes.

¿Qué es lo que yo, entonces, debería certificar? La demanda de los padres parecería ser el de mantener esta escisión a cualquier costo. Los hijos representan el clivaje: el hijo deseado y el hijo no deseado, el deseo de tener hijos y el deseo de no tener hijos.

La última sesión antes de las vacaciones está permeada por una cierta formalidad, un silencio... Roberta se despide diciendo que ahora desea pensar sobre su vida, descubrir lo que quiere hacer, en qué desea trabajar, ya que dejarían de viajar al extranjero. Roberta pide derivación para un análisis individual. Sabemos que será a través de la asociación libre en el interior de un análisis que Roberta podrá acceder a las determinaciones deseantes que la rigen.

Renato, ensimismado en sus negocios, se siente más cercano a Gabriel, comienza a atender más a este hijo excluido. Mientras tanto, en cierto momento de la sesión, comentan, en passant, que Roberta había abortado unos días atrás. Aborto: aquello que del orden de lo no simbolizado es puesto en acto. Aborto: Roberta dice haber hecho aquello que Renato deseaba, y Renato deseaba no tener ese hijo. Roberta no sabe muy bien acerca de su deseo.

II. Trasferencia y repetición trasferencial

Si, en efecto, la transferencia fue, desde tiempos psicoanalíticos e inmemoriales, la cruz y la espada freudiana, y fue Freud quien ofreció a sus pacientes una teoría psicoanalítica cuyo principio es el engendramiento constante de la situación; y en cada tratamiento es la puesta en marcha del síntoma como teoría de sí desconocida por el sujeto. “La transferencia misma es sólo una pieza de repetición, y la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los otros ámbitos de la situación presente”.

En esa medida, fue a partir de tener en cuenta la repetición – o sea, en vez de decir y simbolizar, los pacientes actúan, aunque utilizando la vía de las palabras – que el modo de considerar el fenómeno de la transferencia, en la teoría y en la técnica, se modificó. Como observó Freud, en “Repetir, recordar y reelaborar” (1914), aprendemos que “el analizado repite en vez de recordar, y repite bajo las condiciones de la resistencia. (...) Repite todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y, además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas”.⁸

Sin embargo, fue en “Sobre la dinámica de la transferencia”(1912), que Freud hizo un examen teórico del fenómeno de la transferencia y de la forma como opera en el tratamiento, así como del papel que desempeña en el análisis. Así, todo sujeto encuentra un método específico de manejarse en la vida erótica, o sea, “para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse”. Además, su capacidad de amar será expresada en la constante reimpresión, o repetición perpetua de aquello que podríamos describir como un cliché o estereotipo (o varios) – lo que determinará las condiciones de esa capacidad amorosa, así como las necesidades y los objetivos a que ella responde. Ese cliché o estereotipo será, entonces, el resultado de la interacción de las disposiciones constitucionales y “de las influencias sufridas durante los primeros años”. En esa medida, las tendencias libidinales satisfechas se vuelven hacia la realidad, mientras que las tendencias libidinales frustradas no se desarrollan, o encuentran una salida en la imaginación o permanecen a la expectativa, enterradas en el inconciente.

⁸ Freud, Sigmund. (1914) Repetir, recordar y reelaborar. In: Freud, Sigmund. *Sigmund Freud Obras Completas*. Buenos Aires, Amorrortu editores (A.E.), Vol. XII, 1987, p. 152; p. 153.

Desde el momento en que la necesidad de amar no se encuentra enteramente satisfecha por la realidad, es cierto que las tendencias libidinales a la expectativa serán despertadas al entrar en contacto con un nuevo objeto. Una investidura anticipadamente disponible será dirigida también hacia la figura del analista: “De acuerdo con nuestra premisa”, dice Freud, “esa investidura se atenderá a modelos, se anudará a uno de los clisés preexistentes en la persona en cuestión”.⁹ Es de ese modo como la investidura incluirá al analista en una de las “series psíquicas” que el paciente haya formado hasta el momento. Es probable, entonces, que tanto la libido capaz de hacerse consciente como la inconsciente participen de esta actitud. Como destaca Daniel Lagache en *La transferencia*¹⁰, Freud recurre implícitamente a la secuencia fijación, frustración, regresión para explicar ese fenómeno.

Siendo así, va a ser por medio del movimiento regresivo por el cual el sujeto busca satisfacer sus pulsiones – “obstaculizando” así parcialmente el proceso analítico – que se revelarán, al mismo tiempo, las marcas constitutivas del sujeto. No existe estado amoroso que no reproduzca prototipos infantiles, y es precisamente de esta determinación infantil que él recibe su carácter compulsivo, bordeando el límite, a la manera de lo patológico. En la medida en que lo que se repite es, entonces, lo que escapa de la representación, de la escena representada y figurada, la repetición trasfereencial es un hacer¹¹ y no un decir, o entonces, un decir que es hacer, como dice Jean-Bertrand Pontalis: “La verdadera repetición, en sentido freudiano, que la transferencia provoca, es lo que escapa de la representación”.¹² La repetición trasfereencial será, así, el testimonio actual del mundo fantasmático del analizado, cuyos objetos investirán al analista.

La repetición trasfereencial asume, entonces, el carácter de la forma básica en que se realiza el proceso defensivo: “Si algo del material del complejo (...) es apropiado para ser transferido sobre la persona del médico, esta transferencia se produce, da por resultado la ocurrencia inmediata y se anuncia mediante los indicios de una resistencia – p. ej., mediante una detención de las ocurrencias. De esta experiencia inferimos que la idea trasfereencial ha irrumpido hasta la conciencia a expensas de todas las otras posibilidades de ocurrencia porque presta acatamiento también a la resistencia”.¹³

Freud observa que la resistencia estará siempre presente, independientemente del método terapéutico, siempre que se establezca con el paciente una relación en que se pretenda producir una transformación psíquica. Agrega que el tema de la transferencia no debe dejarse entrever mientras las “comunicaciones” del paciente fluyen sin ninguna obstrucción – deberemos esperar hasta que la transferencia se haya convertido en resistencia.

Así es que, en los años 1912 y 1913, las fuentes de resistencia son consideradas como dobles: en el momento en que el psicoanalista se aproxima a las zonas donde se esconde la libido introvertida, las fuerzas que determinan la regresión se sublevan contra sus esfuerzos. Sin embargo, la fuente mas potente de resistencia está ligada a la atracción del inconsciente: la libido a

⁹ Freud, Sigmund. (1912) *La dinâmica da transferência*. A.E., Vol. XII, p. 97; p.98.

¹⁰ Lagache, Daniel. (1980) *A transferência*. São Paulo, Martins Fontes, 1990, p. 18.

¹¹ Nota de traducción: no existe, en castellano, un término parecido al verbo “agir”, en portugués, homofónico con “agieren”, de origen latino, por otra parte, no corriente en lengua alemana, según el *Diccionario de Psicoanálisis* (1967), de Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis. Las opciones de traducción serían: “actuar” o “hacer”. Considero que la autora juega, en su texto con esa diferencia, en portugués, entre “agir” y “fazer”, de que se vale inmediatamente. No fue posible reproducir ese juego en castellano.

¹² Pontalis, Jean-Bertrand. (1990) *A estranheza da transferência*. In: Pontalis, Jean-Bertrand. (1990) *A força de atração*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1991, p. 88.

¹³ Freud, Sigmund. (1912) op. cit., p. 101.

disposición de la psique sufre atracción por parte de los complejos que pertenecen al inconciente, en la medida en que disminuye la atracción de la realidad. De este modo, “cada pensamiento, cada acto mental del paciente, es un compromiso entre las fuerzas que impulsan el tratamiento y las fuerzas movilizadas para oponerse a él”.¹⁴ Para Freud, la distinción entre salud mental y neurosis depende de la dimensión relativa entre la cantidad de energía que permanece libre y aquella ligada por la represión; la distinción será, entonces, de naturaleza cuantitativa, y no cualitativa.

El término “psicoanálisis” tendrá, con todo, una especificidad: sólo merecerá ese nombre el tratamiento analítico en el cual la intensidad de la transferencia sea utilizada para la superación de las resistencias. Por la movilización de las intensidades disponibles para la transferencia, el tratamiento obtiene las energías necesarias para superar las resistencias, “y mediante las comunicaciones oportunas muestra al enfermo los caminos por los cuales debe guiar esas energías”.¹⁵ La transferencia asume, entonces, una forma de operar distinta de la “sugestión” – no es suficiente remover los síntomas sólo mientras la “sugestión” perdure; es necesario que el analista ponga en movimiento un proceso, el proceso de levantamiento de la represión (Verdrängung).

Hacia 1914, aunque el objetivo terapéutico sea todavía – descriptivamente – el de llenar las lagunas mnémicas y – dinámicamente – superar las resistencias oriundas de la represión, Freud ya había abandonado la tentativa de enfocar un momento o problema específicos. A partir de ello, él estudia todo lo que se encuentra presente, y emplea la interpretación para identificar las resistencias que allí aparecen y hacerlas conscientes al paciente. “De las reacciones de repetición, que se muestran en la transferencia, los caminos consabidos llevan luego al despertar de los recuerdos, que, vencidas las resistencias, sobrevienen con facilidad”.¹⁶

Es así que la insistencia repetitiva del inconciente sólo podrá ser neutralizada – parcialmente – mediante la elaboración. La interpretación, más allá de su efecto puntual, implica un proceso de elaboración. Supone, entonces, un trabajo de diferenciación y de reorganización de las investiduras objetales, ya que, al operar un desplazamiento en relación a la causalidad, la interpretación reorganizará el campo de significación.

Pero va a ser en “Recordar, repetir y reelaborar” (1914) donde Freud menciona por primera vez – y de forma mucho más generalizada que aquella que pasará a desempeñar a partir de la introducción del último dualismo pulsional (pulsiones de vida y pulsiones de muerte) –, el concepto de compulsión de repetición. La noción de compulsión de repetición se vincula, en ese momento, con el recordar, las resistencias y la transferencia. Aunque ya hemos encontrado una mención al fenómeno en “Sobre la dinámica de la transferencia” (1912), frente a la observación freudiana de que “las mociones inconcientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconciente (...), (ya que) el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconcientes”,¹⁷ será solamente en “Recordar...” que Freud desarrollará esas ideas. Al recordar el “deliciosamente calmo curso de los acontecimientos” que se daba en los tratamientos hipnóticos, Freud constata que muy poco o, con frecuencia, nada queda de estos. Se depara, entonces, a diferencia de aquellos casos en que “el paciente se trasladaba a una situación anterior, que no parecía confundir nunca con la situación presente, comunicaba los procesos psíquicos de ella hasta donde habían permanecido normales”,¹⁸ con

¹⁴ Lagache, Daniel. (1990) op. cit., p. 19.

¹⁵ Freud, Sigmund. (1913) Sobre la iniciación del tratamiento. A.E., Vol. XII, p. 143.

¹⁶ Freud, Sigmund. (1914) op. cit., p. 156.

¹⁷ Freud, Sigmund. (1912) op. cit., p. 105.

¹⁸ Freud, Sigmund. (1914) op. cit., p. 150.

aquellos otros casos en que “el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace”. En otras palabras, “el analizado no refiere acordarse de haber sido desafiante e incrédulo frente a la autoridad de los padres; en cambio, se comporta de esa manera frente al médico”. Freud es claro respecto a esto: “durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición; uno comprende, al fin, que esta es su manera de recordar”.¹⁹

En esa medida, hay un tipo especial de experiencia cuyos recuerdos no pueden ser recuperados. Se trata de experiencias ocurridas en la infancia muy remota y que sólo a posteriori pueden ser comprendidas e interpretadas. Es así que, el paciente reproduce, entonces, esas experiencias no como recuerdo, sino como acción; no recuerda cosa alguna de lo que reprimió, pero lo expresa por la actuación; repite, sin saber que está repitiendo. Freud llama “compulsión de repetición” a esta manera de recordar. En otras palabras, la compulsión de repetición sustituye ahora al impulso a recordar, y cuanto mayor sea la resistencia más extensivamente la repetición sustituirá el recordar:

“En este punto podemos advertir que poniendo de relieve la compulsión de repetición no hemos obtenido ningún hecho nuevo, sino sólo una concepción más unificadora. Y caemos en la cuenta de que la condición de enfermo del analizado no puede cesar con el comienzo de su análisis, y que no debemos tratar su enfermedad como un episodio histórico, sino como un poder actual. Esta condición patológica va entrando pieza por pieza dentro del horizonte y del campo de acción de la cura, y mientras el enfermo lo vivencia como algo real-objetivo y actual, tenemos nosotros que realizar el trabajo terapéutico, que en buena parte consiste en la reconducción al pasado. (...) El hacer repetir en el curso del tratamiento analítico, según esta técnica más nueva, equivale a convocar un fragmento de vida real”.²⁰

Es fundamental, sin embargo, para los desarrollos que siguen, observar que en verdad, en 1914, la noción de compulsión de repetición se superpone a la noción de repetición trasferencial.

Así, el tratamiento debe ser capaz, por medio de la transferencia, de impedir al paciente ejecutar algunas acciones repetitivas más importantes, y hacer uso de su intención de proceder así, “in status nascendi”, como material para el trabajo terapéutico. La repetición trasferencial es superada cuando se muestra al paciente que sus sentimientos no se originan en la situación actual, no se aplican a la persona del analista, pero están, en verdad, repitiendo lo que le ocurrió anteriormente – de ese modo, el paciente está obligado a transformar la repetición en recuerdo. Como Freud ya había observado anteriormente: “justamente ellos (los fenómenos de la transferencia) nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes; pues, en definitiva, nadie puede ser ajusticiado in absentia o in effigie”.²¹

En realidad, “la lucha contra la resistencia no tiene otro propósito que reabrir los caminos del recuerdo. Recordar no es sólo traer a la memoria ciertos sucesos aislados, sino formar secuencias significativas. Es ser capaz de constituir la propia existencia en la forma de un relato del cual cada recuerdo es sólo un fragmento”. Es en esa medida que, de acuerdo con Luis Hornstein, “la transferencia aproxima al máximo la repetición y el recuerdo, ya que el pasado es revivido y a través de la interpretación y la construcción lo repetido es recordado y resignificado”.²²

¹⁹ Ibid., p. 152.

²⁰ Ibid., p. 153.

²¹ Freud, Sigmund. (1912) op. cit., p. 105.

²² Hornstein, Luis. (1990) Recordar, repetir y reelaborar: una lectura. In: Bleichmar, Silvia (org.) *Lecturas de Freud*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 1990, p. 202; p. 197.

Así es que, las viñetas clínicas aquí presentadas tienen como objetivo figurar aquello que podrá ser del orden de lo simbolizable, o sea, de la repetición trasferencial – extraño fenómeno éste en que se conjugan repetición y primera vez. Tiene también, como función, intentar circunscribir, dibujar los contornos de aquello que podrá estar “destinado” a la compulsión de repetición, ya que lo que insiste, lo que está destinado a la compulsión de repetición, es lo que no logra ligarse, o sea, lo que no obtiene órdenes de significación estructurantes. Se ensaya, para el analista, una improvisación.

III. Compulsión de repetición y pulsión de muerte

Fenómeno universal y no un atributo creado en el espacio analítico, la transferencia se origina de la estructura de la neurosis y se relaciona con la estructura libidinal del sujeto. Es en esa medida que la neurosis de transferencia se ubica como una figura constituida en el espacio analítico con el objetivo de permitir la simbolización, ya que, por ser su objeto, el analista está ubicado en su propio centro. Los síntomas del paciente abandonan su significado inicial y asumen un nuevo sentido. Va a ser, pues, el manejo de la transferencia por parte del analista el principal instrumento para transformar la repetición trasferencial del analizado en un motivo para recordar. Sin embargo, cuando asociamos el concepto de transferencia con todo lo que él abarca – “falsa-ligazón”, resistencia, repetición²³ – al playground²⁴ freudiano, el concepto de compulsión de repetición adquiere un estatuto diferenciado que conlleva, él mismo, otras nociones cruciales, tales como la noción de principio del placer, de pulsión de vida, de pulsión de muerte, y la noción de ligazón. Es así que a partir de la concepción del último dualismo pulsional entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, introducido en “Mas allá del principio del placer” (1920), la noción de compulsión de repetición adquiere un estatuto diferenciado de aquel que mantenía hasta entonces.

Como observan Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, la discusión del concepto de compulsión de repetición, muchas veces retomada en la literatura psicoanalítica, es confusa y hace entrar en juego opciones sobre las nociones más cruciales de la obra freudiana. Y aun, “el camino de la reflexión freudiana en los primeros capítulos de ‘Mas allá del principio del placer’ (1920) no significa un rechazo de la hipótesis fundamental según la cual, bajo el aparente sufrimiento, el del síntoma por ejemplo, se busca la realización de deseo. Mas aun: es en este texto donde Freud presenta la bien conocida tesis según la cual lo que es displacer para un sistema del aparato psíquico es placer para otro”.²⁵

Así, mientras que la “cura” psicoanalítica es la condición para que se constituya una repetición de situaciones vividas en la infancia, de tal manera que sean entendidas en su sentido inconsciente – teniendo en cuenta que “repetir es recordar” – y siendo, entonces, la repetición interpretada en función de lo que se repite en ella, lo que Freud formula en “Mas allá del principio del placer” (1920), es fundamental:

“En el analizado, en cambio, resulta claro que su compulsión a repetir en la transferencia los episodios del período infantil de su vida se sitúa, en todos los sentidos, más allá del principio del placer. El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, no son insusceptibles del proceso secundario. (...) Y cabe suponer que la oscura angustia de los no familiarizados con el análisis, que temen

²³ Bartucci, Giovanna. (1997) A construção do conceito freudiano de transferência. In: Bartucci, Giovanna. *A transferência: entre o simbolizável e o resto*. Maestrado em Psicologia Clínica, Pontifícia Universidad Católica de São Paulo (PUCSP), 1997, pp. 19-54.

²⁴ Nota de traducción: en inglés en el original

²⁵ Laplanche, Jean; Pontalis, Jean-Bertrand. (1967) *Vocabulário da psicanálise*. São Paulo, Martins Fontes, 1988, p. 127.

despertar algo que en su opinión sería mejor dejar dormido, es en el fondo miedo a la emergencia de esta compulsión demoníaca”.²⁶

En esa medida, al concebir esta nueva formulación que termina transformando la clínica psicoanalítica, Freud reelabora, simultáneamente, la concepción de aparato psíquico. De hecho, hasta entonces existía “en la mente una fuerte tendencia en el sentido del principio del placer”; o sea, el aparato psíquico se esforzaba por mantener la cantidad de excitación en él presente tan baja cuanto fuese posible o, por lo menos, por mantenerla constante (principio de constancia), en la medida en que tendía a reducir o anular las tensiones y a buscar la descarga de las pulsiones. En otras palabras, la actividad del aparato psíquico, que tiene como objetivo evitar el displacer y proporcionar el placer (principio del placer), está regulada por sensaciones de la serie placer-displacer, estando el displacer directamente relacionado con el incremento de estímulo, y el placer con su disminución.

Sin embargo, a partir de la comprensión obtenida por medio de procesos traumáticos, sueños y situaciones de transferencia en análisis, que evidenciaron la compulsión a repetir experiencias de las cuales era imposible derivar placer, y que jamás podrían haber proporcionado satisfacción pulsional en el pasado, se hizo difícil mantener la hipótesis, aun como forma de solución de compromiso, de la realización de un deseo reprimido. Así, si antes el traumatismo había sido concebido como lo experimentado como “cuerpo extraño” (1895),²⁷ en “Más allá del principio...” está propuesto como una relación entre cantidades que ingresan y la incapacidad de ligazón (Bindung) en el interior del sistema en cuestión. Cuando Freud observa que las inflexiones de la técnica se habrían vuelto inoperantes ante un “hecho nuevo” – o sea, el descubrimiento de que la compulsión de repetición también “rememora” experiencias del pasado que no incluyen ninguna posibilidad de placer –, es llevado a preguntarse si en ciertos casos “hasta ese momento, el aparato anímico tendría la tarea previa de dominar o ligar la excitación, desde luego que no en oposición al principio del placer, pero independiente de él y en parte sin tomarlo en cuenta”.²⁸ Es en esa medida que en “El problema económico del masoquismo” (1924), Freud diferencia los dos principios aquí implicados, el principio del placer y el principio de Nirvana, que expresa la tendencia de la pulsión de muerte.

“...Deberíamos percatarnos”, dice Freud, “de que el principio de Nirvana, súbdito de la pulsión de muerte, ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio de placer; y en lo sucesivo tendríamos que evitar considerar a esos dos principios como uno solo. (...) No resultará difícil colegir el poder del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales. Así, (...) el principio de Nirvana expresa la tendencia de la pulsión de muerte; el principio del placer subroga la exigencia de la libido...”.²⁹

Pero todavía en 1920, Freud se preguntaba de qué forma ese predicado de ser “pulsional” estaría relacionado con la compulsión de repetición, afirmando que “estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (...) y quizá de toda vida orgánica en general. Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior...”³⁰ Así, la compulsión de repetición anunciaría la tendencia general del organismo, no sólo de reducir la excitación vital interna, sino también a retornar a un estado primitivo, no-organizado, característico de ese movimiento pulsional que tiende a restaurar un estado anterior de cosas. Luiz Alfredo García-Roza sugiere que:

²⁶ Freud, Sigmund. (1920) Mas allá del principio del placer. *A.E.*, Vol. XVIII, p. 36.

²⁷ Freud, Sigmund. (1893-1895) Estudios sobre la histeria. *A.E.*, Vol. II.

²⁸ Freud, Sigmund. (1920) op. cit., p. 35.

²⁹ Freud, Sigmund. (1924) El problema económico del masoquismo. *A.E.*, Vol. XIX, p. 166.

³⁰ Freud, Sigmund. (1920) op. cit., p. 36.

“lo que hay inicialmente es una superficie corporal sobre la cual el diferencial placer-displacer se hará con absoluta independencia de cualquier principio organizador. Así, no es el principio de placer lo que funda el placer, sino que por el contrario, es el placer lo que se erigirá en principio. El pasaje del placer entendido como proceso psicológico para el placer entendido como principio se daría en función de la ligazón (Bindung), esto es, por una contención al libre flujo de las excitaciones, transformando el estado de pura dispersión en estado de integración (transformación de energía libre en energía ligada). Ese estado de pura dispersión de excitaciones, anterior a la instauración del principio de placer y de su complementario, el principio de realidad, es evidentemente un estado hipotético y que sólo puede ser pensado recurrentemente. Es a partir del aparato psíquico ya constituido que Freud piensa ese estadio inicial anárquico”.³¹

Es así que en “Mas allá del principio...” el dualismo pulsional se establece, definitivamente, entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. La meta de la pulsión de vida, o Eros, es producir unidades cada vez mayores, y así conservarlas, mientras que la meta de la pulsión de muerte es, por el contrario, disolver nexos, y así destruir las cosas del mundo, siendo su objetivo último llevar a cero o por lo menos reducir al máximo posible toda la cantidad de excitación de origen externa o interna. En efecto, aquello que está destinado a la compulsión de repetición es lo que no logra ligarse, lo que no obtiene órdenes de significación estructurantes, o sea, aquello que insiste bajo el modo de la pulsión de muerte.

IV. Juan

¿Y que decir de Juan? Este hombre, bastante inteligente, también alrededor de sus cuarenta años y, en análisis desde hace algunos años, trae compulsivamente, al analista, noticias de “algo” que le resulta imposible de “ligar”, ni siquiera de nombrar. Abandonado por un padre que, al separarse de su mujer, desaparece antes del tercer aniversario del hijo, Juan fue criado por una madre cuya desaparición del marido se dió mas allá de la exterioridad – le resultaba insoportable la constitución de esta presencia para el hijo, a través del habla materna.

Durante muchos años de análisis, cuando estaban por llegar las vacaciones, los feriados, los finales de semana y de sesión, Juan era arrojado en un túnel del tiempo – sin fin. Este fue, durante muchos años, un sueño recurrente: él experimentaba una caída larga y sin fin, en un agujero sin fondo.

Y qué decir de Juan, cuando, durante largos períodos, su análisis era atravesado por una transferencia, o mejor, por una “intensidad transferencial” que sin embargo lo llevaba de vuelta al mismo agujero sin fondo. Es importante observar aquí que entiendo que la transferencia va a ser “negativa” solamente cuando hay obstáculo para realizar el trabajo analítico. Utilizo la denominación “intensidad transferencial” para llamar la atención sobre el aspecto económico de la transferencia, en momentos de un análisis en que el trabajo de libre asociación está como que trabado por esta misma intensidad.

Así, cualquier movimiento, tono de voz, palabra, aun reconocidos por Juan – su analista tampoco es natural de la ciudad de San Pablo, como su madre; su analista le recuerda físicamente a su madre; su analista parece moverse como su madre – eran indicios³² de desamor, de desafecto, de algo que le era imposible nombrar. Todo era recibido por Juan como señal de una indiferencia mortífera, que hacia de él un “Juan-cualquiera”. Juan decía no sentirse una persona, decía sentirse una “cosa” – ¿objeto de necesidad de la madre?

³¹ Garcia-Roza, Luiz Alfredo. *Acaso e repetição em psicanálise*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1987, p. 47.

³² También entiendo “indicio” como “vestigio/rastro” en oposición a ícono, signo o símbolo, que presentan diferentes tipos de relación con otros referentes. Cualquier “conclusión” dada a partir de una circunstancia iindiciática habrá sido siempre autorizada por “inducción”.

V. Caminos de una relación entre el yo y el no-yo

Al reunir observaciones y reflexiones acerca de la pulsión de muerte en la vida psíquica, Natalie Zaltzman³³ propone que cada vez que Thanatos ocupe el primer plano en la escena psíquica, el objeto libidinal se impone como un objeto de necesidad, en la medida en que evoca el objeto de una necesidad en el universo humano y la satisfacción que ella trae a una función vital, sin la connotación habitualmente indisociable de placer y erotización. Por cierto, Zaltzman sostiene que hay una dimensión de la vida psíquica donde el objeto tiene una valencia mental de necesidad no erótica. Propone que las pulsiones de muerte removilizadas funcionan contra la sujeción de un sujeto por el otro. Aquel mismo sujeto, portador de deseos inconcientes de un otro, podrá funcionar, además de eso, como este objeto mismo cuya valencia mental será de una necesidad no erótica. Todo parece ocurrir como si pudiésemos aplicar al pie de la letra la parte de la teoría freudiana según la cual la domesticación de la pulsión de muerte cabe a la libido.

Así, deseo retener aquí la idea propuesta por Zaltzman de que la circulación de la actividad de las pulsiones de muerte no provee necesariamente los caminos de una relación entre un sujeto y otro. El modelo de relación de objeto construido para dar cuenta de las organizaciones psíquicas de origen sexual es sobrepasado por el modo de funcionamiento y formas resultantes de las pulsiones de muerte. Pero, atención, va a ser gracias al trabajo analítico que las representaciones psíquicas van a sustituir la materialidad de la actividad de las pulsiones de muerte. Dicho de otra forma, entiendo que, en estos casos, “los caminos de una relación entre un sujeto y otro”, o sea entre el yo y el no-yo, están todavía por ser constituidos, construidos.

VI. Juan una vez mas

Durante largos y largos años, había algo que Juan no se cansaba de repetir, y cada vez con la misma actualidad e intensidad que la anterior, decía que su analista no le prestaba atención, que sabía, que podía sentir que no le gustaba a su analista.

Estos últimos tiempos de análisis están marcados por una representación mortífera: su madre desea matarlo. Dice que sabe que si ella pudiese acabaría con él. El relato de Juan, sin embargo, dice de una madre que, para sobrevivir, necesitaba “matarse” y, por extensión, al hijo.

Juan no falta a las sesiones, trae consigo todo y algo más. Y es ese “algo más”, producido en el momento mismo en que “ve” a su analista, que le es imposible nombrar – más “acá” del agujero sin fondo. Con el pasar de los años, la palabra “resistencia” se volvió insuficiente. Como dice Freud, lo que impresiona es exactamente el hecho de que el sujeto parece tener una experiencia “pasiva”, sobre la cual no posee influencia ninguna.

VII. Entre la compulsión de repetición y la repetición trasferencial, se inscribe la pulsión de muerte

Es así que, frente a la reactivación del displacer, producido por grandes cantidades no metabolizables por el psiquismo, lo que definirá las posibilidades de dominio de esta energía va a ser la capacidad de ligazón del aparato psíquico. De hecho, la fijación o inscripción deriva de las primeras ligazones, correspondientes al primer esbozo de organización del aparato psíquico, y esas primeras ligazones son síntesis pasivas, apenas limitan o impiden, a través del mecanismo de contra-investidura, el libre flujo de las excitaciones. La contra-investidura es el único mecanismo de la represión primaria u originaria, nos dice Freud. En este caso, designa una defensa contra un exceso de excitación proveniente del exterior, capaz de romper el escudo protector contra los estímulos.

Como sabemos, la naturaleza del contenido de la represión primaria se constituye por representantes de la pulsión, esto es, imágenes de objetos o de algo del objeto que se inscriben

³³ Zaltzman, Natalie. (s/d) *A pulsão anarquista*. São Paulo, Escuta, 1994.

en los sistema mnémicos, por oposición a la representación de palabras que es característica del sistema pre-conciente-conciente. Va a ser apenas en un segundo momento que estas síntesis pasivas se volverán síntesis activas.

Freud afirma que antes de esta organización psíquica, es decir, de que la represión funde la diferencia entre los dos sistemas, la tarea de apartar las mociones pulsionales quedó a cargo de otras vicisitudes pulsionales como la transformación en lo contrario, o el retorno sobre el propio sujeto, esto es, otros destinos pulsionales que pueden actuar como defensa, orientándose contra el propio yo. Es así que ese clivaje de la subjetividad en los sistemas inconciente y pre-conciente-conciente es operada precisamente por la represión. Y si lo originariamente reprimido, cuando retorna, lo hace de forma alucinatoria bruta,³⁴ resulta evidente que, en esos momentos, este retorno trae noticias al analista de algo que nunca fue efectivamente ligado, de algo que insiste bajo el modo de pulsión de muerte.

Sabemos que muchos analistas post-freudianos han trabajado la cuestión de la técnica, oriunda de una “clínica en los límites de lo analizable”. Sin embargo, en cuanto el psicoanálisis se enfrenta con la existencia de marcas que se encuentran en los límites del sentido y de lo representable, la estrategia de desciframiento es considerada insuficiente para el trabajo analítico. Es en este mismo momento que la estrategia de la construcción va a adquirir un significado fundamental y se constituirá como una operación, aunque complementaria al uso de la interpretación, imprescindible al trabajo analítico.

Es en esta medida que, la distinción entre los conceptos de repetición trasferencial y compulsión de repetición, operada a partir del último dualismo pulsional, podrá señalarnos caminos – “vias colaterales” – de actividad de producción de sentido, de ligazón. Pensar que la pulsión de muerte garantiza la presencia-ausencia del Otro, sin el cual no existe un “yo” que habla y desea, como afirma Serge Leclarie, es pensar que la circulación de la actividad de las pulsiones de muerte no provee necesariamente “los caminos de una relación entre un sujeto y otro”, dado que los “caminos” entre el yo y el no-yo están, todavía, por ser constituidos, construidos.

De hecho, el retorno de lo reprimido se realiza por medio de la asociación libre, impuesta por la regla fundamental. Sólo podrá tener por objeto los elementos que hayan sufrido la represión secundaria o propiamente dicha, aquella del après-coup (Nachdrängen), como conjunto conciente o pre-conciente, habiendo adquirido, en el transcurrir de la historia del sujeto, estructuración suficiente para haberse inscrito en un cuadro de memoria. Así, cuando en la situación analítica, lo originariamente reprimido retorna, lo hace de forma alucinatoria bruta dado que no fue contra-investido. Es necesario, entonces, que se constituya la diferenciación en el interior del propio aparato, al fundarse los espacios externo-interior e interno-exterior. La “presencia-ausencia del Otro” va a ser aquí la condición de la separación de ese si-mismo³⁵ que retorna “alucinatoriamente”, y que lo reprimido secundario tiene, entonces, como función consolidar posteriormente.

Así, deseo retener aquí la idea propuesta por Zaltzman de que la circulación de la actividad de las pulsiones de muerte no provee necesariamente los caminos de una relación entre un sujeto y otro. El modelo de relación de objeto construido para dar cuenta de las organizaciones psíquicas de origen sexual es sobrepasado por el modo de funcionamiento y formas resultantes de las pulsiones de muerte. Pero, atención, va a ser gracias al trabajo analítico que las representaciones psíquicas van a sustituir la materialidad de la actividad de las pulsiones de muerte. Dicho de otra forma, entiendo que, en estos casos, “los caminos de una relación entre un sujeto y otro”, o sea entre el yo y el no-yo, están todavía por ser constituidos, construidos.

³⁴ “Los traumas, indica Freud aun, son o bien experiencias relativas al propio cuerpo, o bien percepciones sensoriales, principalmente de orden visual e auditiva”. Dylan, Maurice. (1995) *Economie Traumatique*. In: Dylan, Maurice. *Trauma et devenir psychique*. Paris, PUF, 1995, p. 12.